la uña del pié izquerdo; y cual si fuera de piedra, sin mas menearse, le dejó allí muerto, quedándole en la mano un trozo de lanza, que arrojó por el suelo, y se salió de la plaza. Mucho se alegró Daraxa en verle, que cuando entró le conoció por el criado, el cual tambien lo habia sido suyo, y despues en el lienzo del brazo. Todos quedaron con general murmullo de admiracion y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, hablándose los unos á los otros: todos lo vieron, y todos lo contaban; á todos pareció sueño, y todos volvian á referirlo; aquel dando palmadas; el otro dando voces; este habla de mano; aquel se admira; el otro se santigua; este alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean las cejas, otros rebentando de contento, hacen graciosos matachines, que todo para Daraxa eran grados de gloria. Ozmin se recogió fuera de la ciudad entre unas huertas, de donde habia salido, y (dejando el caballo, trocando el vestido, con su espada ceñida) volviendo ser Ambrosio, se vino á la plaza. Púsose á parte, donde veia lo que deseaba, y era visto de quien le queria mas que á su vida. Holgaban en contemplarse, aunque Daraxa estaba temerosa, viéndole á pié, no le sucediese desgracia. Hízole señas que se subiese á un tablado; disimuló que no las entendia, y estúvose quedo en tanto que los toros se corrieron.

Veis aquí al caer de la tarde cuando entran los del juego de cañas en la forma siguiente.

Lo primero de todo, trompetas, ministriles y atabales, con libreas de colores, á quien seguian ocho acémilas cargadas con haces de cañas. Eran de ocho cuadrilleros que jugaban: cada uno su repostero de terciopelo encima, bordadas en él con oro y seda las armas de su dueño. Llevaban sobrecargas de oro y seda con los garrotes de plata.

Entraron tras esto doscientos y cuarenta caballos de cuarenta y ocho caballeros, de cada uno cinco, sin el que servia de entrada, que eran seis; pero estos que entraron delante de diestro venian en dos hileras de los dos puestos contrarios. Los primeros dos caballos (que iban pareados), á cada cinco por banda, llevaban en los arzones, á la parte de afuera, colgando las adargas de sus dueños, pintadas en ellos enigmas y motes, puestas bandas y borlas, cada uno como quiso. Los demás caballos llevaban solamente sus pretales de cascabeles, y todos con jaeces tan ricos y curiosos, con tan soberbios bozales de oro y plata, llenos de riquísima pedrería, cuanto se puede exagerar: baste por encarecimiento ser en Sevilla, donde no hay poco, ni saben de él, y que los caballeros eran amantes, competidores, ricos, mozos, y la dama presente. Esto entró por una puerta de la plaza, y habiendo dado vuelta por toda en torno, salian por otra que estaba

junto á la por donde entraron; de manera, que no se impedian los de la entrada con los de la salida, y así pasaron todos.

Habiendo salido los caballos, entraron los caballeros corriendo de dos en dos las ocho cuadrillas: las libreas, como he dicho; sus lanzas en las manos, que vibradas en ellas, parecian juntar los cuentos á los hierros, y cada asta cuatro; animando con alaridos á los caballos, que heridos del agudo acicate, volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo, segun en las ginetas iban ajustados. No es encarecimiento, pues en toda la mayor parte de Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, *sacan los niños* (como dicen) *de las cunas á los caballos*, de manera que se acostumbra en otras partes á dárselos de caña; y es cosa de admiracion ver en tan tiernas edades tan duros aceros y tanta destreza, porque hacerles mal tienen por su ordinario ejercicio. Dieron á la plaza vuelta, corriendo por las cuatro partes de ella, y volviendo á salir, hicieron otra entrada como antes, pero los caballos mudados, y embrazadas las adargas y cañas en las manos.

Partiéronse los puestos, y seis á seis (á la costumbre de la tierra) se trabó un bien concertado juego, que habiendo pasado en él como un cuarto de hora, entraron de por medio algunos otros caballeros á separarlos, comenzando con otros caballos una ordenada escaramuza los del uno y otro puesto, tan puntal, que parecia danza muy concertada, de que todos en mirarla estaban suspensos y contentos; esta desbarató un furioso toro que soltaron de postre. Los de á caballo, con garrochones que tomaron, comenzaron á cercarle á la redonda, mas el toro estábase quedo sin saber á cual acometer: miraba con los ojos á todos, escarbando la tierra con las manos; y estando en esto, esperando su suerte cada uno, salió de través un mal trapillo haciéndole cocos: pocos fueron menester para que el toro como un rabioso, dejando los de á caballo, viniera para él: volvióse huyendo, y el toro le siguió hasta ponerse debajo de la ventana de Daraxa, y adonde Ozmin estaba, que pareciéndole haberse acogido el mozuelo á lugar privilegiado, y haciendo caso de injuria de su dama, y suya, si allí recibiera mal tratamiento; tanto por esto, como abrasado de los que allí habian querido señalar sus gracias, por medio de la gente salió contra el toro, que dejando al que seguia se fué para él. Bien creyeron todos debia de ser loco quien con aquel ánimo arremetia para semejante bestia fiera, y esperaban sacarle de entre sus cuernos hecho pedazos: todos le gritaban dando grandes voces que se guardase. Su esposa, ya se puede considerar cual estaria: no sé que diga, salvo que como mujer, sin alma propia, ya el cuerpo no sentia de tanto sentir. El toro bajó la cabeza para darle el golpe, mas fué humillársele al sacrificio, pues no volvió á levantarla, que sacando el Moro el cuerpo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

á un lado, y con extraña ligereza la espada de la cinta todo á un tiempo, le dió tal cuchillada en el pescuezo, que partiéndole los huesos del celebro, se la dejó colgando del gaznate y papadas, y allí quedó muerto. Luego (como si nada hubiera hecho), envainando su espada, se salió de la plaza; mas el populacho novelero, tanto algunos de á caballo, como gente de á pié, le comenzaron á cercar por conocerle: poníansele delante admirados de verle, y tantos cargaron, que casi le ahogaban, sin dejarle menear en el paso. En ventanas y tablados comenzaron otro nuevo murmullo de admiracion cual el primero, y en todos tan general alegría, y por haber sucedido cuando se acababan las fiestas, que otra cosa no se hablaba mas de en los dos maravillosos casos de aquella tarde, dudando cual fuese mayor, y agradeciendo el buen postre que se les habia dado, dejándoles el paladar y boca sabrosa para contar hazañas tales por inmortales tiempos.

Tuvo Daraxa este dia (como habeis visto) salteados los placeres, aguada la alegría, los bienes falsos, y los gustos desabridos: apenas llegaba el contento de ver lo que deseaba, cuando al momento la asustaba el temor del peligro: tambien la martirizaba el acordarse de no saber con qué ocasion otra vez le veria, ni cómo apacentaria su corazon, satisfaciendo la hambre de los ojos en los manjares de su deseo; y como el placer no llega adonde deja el pesar, no se le pudo conocer en el rostro si las fiestas le hubiesen sido de entretenimiento, aunque la trataron de ellas. Esto, y quedar los galanes algo mas picados que antes, encendidos en la mucha hermosura de Daraxa, deseosos como mas agradarla, y ocasion con que volver á verla, con aquel orgullo, á sangre caliente, ordenaron una justa, haciendo mantenedor á don Rodrigo. El cartel se publicó una de aquellas noches, con gran aparato de músicas y hachas encendidas, que las calles y plazas parecian arderse con el fuego: fijáronle en parte que á todos fuera notorio, pudiendo ser leido. Habia una tela puesta junto á la puerta que llaman de Córdoba, pegada con la muralla (que la vi en mis tiempos y la conocí, aunque maltratada), donde se iban á ensayar, y corrian lanzas los caballeros. Allí don Alonso de Zúñiga, como novel, tambien se ejercitaba, deseoso de señalarse por la grande aficion que á Daraxa tenia.

Temíase perder en la justa, y así lo decia en la conversacion públicamente, no porque el ánimo ni fuerzas le faltasen, mas como la práctica en las cosas hace á los hombres maestros de ellas, y con la teórica sola se yerran los mas confiados, él no quisiera errar, hallábase atajado y cuidadoso.

Por otra parte Ozmin deseaba tener *de los enemigos los menos*, y ya que él no podia justar, ni le fuera posible, quisiera entrara en la tela quien á don Rodrigo derribara la soberbia, por ser de quien mas se receleba. Con este ánimo, y no de hacer á su amo

servicio, le dijo: Señor, si me das licencia para decir lo que quiero, diré lo que por ventura te podrá ser de algun provecho en ocasion honrosa. Don Alonso, muy remoto y descuidado, que le pudiera tratar de tales ejercicios, creyendo antes fuesen cosas de sus amores, le dijo: Ya tardas, que crecen el pensamiento y deseo hasta saberlo. He visto (le dijo), señor, que á la fiesta divulgada de esta justa es forzoso que salgas; y no me maravillo, que donde el premio de glorioso nombre se atraviesa, los hombres anden temerosos con codicia de ganarle. Yo tu criado te serviré, adiestrándote en lo que saber quisieres de ejercicios de caballería, y en breve tiempo, de manera que te sean de fruto mis lecciones: no te admire ni escandalice mi poca edad, que por ser cosas en que me crié tengo de ellas alguna noticia. Holgóse don Alonso en oirle, y agradeciéndoselo, dijo: Si lo que ofreces cumples, á mucho me obligas. Ozmin le respondió: Quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está de ello, entretiene y busca achaques; mas el que está como yo, donde no los puede haber (si no es loco), queda forzado á cumplir con obras mas de lo que prometen sus palabras. Manda, señor, apercebir las armas de tu persona y mia, que presto conocerás cuanto mas he tardado en ofrecerlo, que me podré ocupar en salir de esta deuda libre, y no de la obligacion de servirte. Mandó luego don Alonso aprestar lo necesario, y prevenido, se salieron á lugar apartado, adonde aquel dia y los mas siguientes hasta el determinado de la justa, se ocuparon en ejercicios de ella; de modo, que brevemente don Alonso estuvo en la silla tan firme, y cierto en el ristre, sacando la lanza con tan buen aire, y llevando en ella tanta gracia, que parecia lo hubiera ejercitado muchos años; á todo lo cual era de gran importancia (y así le ayudaban) su gentileza de cuerpo y buenas fuerzas.

De la destreza de subir á caballo en ambas sillas, del proceder en las lecciones, del talle, compostura, término, costumbres y habla de Ozmin, le nació á don Alonso un pensamiento, ser imposible llamarse Ambrosio, ni ser trabajador, sino trabajado, segun mostraba. Descubria por sus obras un resplandor de persona principal y noble, que por algun vario suceso anduviese de aquella manera; y no pudiendo separarse de ella, sin salir de este cuidado, apartándole á solas, en secreto le dijo: Ambrosio, poco habrá que me sirves, y ha mucho me tienes obligado: tan claro muestran quien eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir: con el velo del vil vestido que vistes, y debajo de aquesa ropa, oficio y nombre, hay otro encubierto. Claro entiendo por las evidencias que tuyas he tenido, que me tienes, ó por mejor decir, que has tenido engañado; pues á un pobre trabajador que representas, es dificultoso y no de creer, sea tan general en todo, y mas en los actos de caballería, y siendo tan mozo. He visto en

tí, y entiendo que debajo de aquesos terrones y conchas feas está el oro finísimo y perlas orientales. Ya te es notorio quien soy, y á mí oscuro quien tú seas, aunque, como digo, se conocen las causas de los efectos, y no te me puedes encubrir. Yo te prometo por la fe de Jesucristo, que creo, y órden que de caballería mantengo, de serte amigo fiel y secreto, guardando el que depositares en mí, ayudándote con cuanto de mi hacienda y persona pudiere: dame cuenta de tu fortuna, para que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de tí recibidas. Y Ozmin le respondió: Tan fuertemente, señor, me has conjurado, así me has apretado los husillos, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresion que los tornos de tu hidalgo proceder fuera imposible; y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres, y tienes prometido, sabrás de mí que soy caballero, natural de Zaragoza de Aragon: es mi nombre Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años, que siguiendo una ocasion fué cautivo y en poder de Moros, por una cautelosa alevosía de unos fingidos amigos: y si lo causó su envidia ó mi desdicha, es cuento largo. Sabréte decir, que estando en su poder me vendieron á un renegado, y para el tratamiento que me hizo el nombre basta. Metióme tierra adentro hasta llevarme á Granada, donde me compró un caballero Zegrí[1] de los principales de ella. Tenia un hijo de mi edad, que se llamaba Ozmin, retrato mio, así en edad, como en talle, rostro, condicion y suerte, que por parecerle tanto, le puso mas codicia de comprarme, y hacer buen tratamiento, cavando entre nosotros mayor amistad. Enseñéle lo que pude y supe, segun lo aprendí de los mios en mi tierra, y con la mucha frecuentacion que en ella tenemos en semejantes ejercicios, de que no saqué poco fruto; porque tratando con el hijo de mi amo de ellos, aumenté lo que sabia, que de otra manera pudiera ser que lo olvidara; y porque los hombres enseñando aprenden, de aquí vino á resultar afinarse en hijo y padre la aficion que me tenian, fiando de mí sus personas y hacienda. Este mozo estaba tratado casarse con Daraxa, hija del alcaide de Baza (mi señora, que tú tanto adoras), llegó á punto de tener efecto, por haberlo tenido las capitulaciones, si el cerco y guerras no lo impidieran: fuéles forzoso dilatarlo; Baza se rindió, y quedaron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba, iba y venia con presentes y regalos de una ciudad á otra: acerté á estar en Baza, por mi buena dicha, cuando vino á entregarse, y así cobré mi libertad con los demás cautivos de ella. Quise volverme á mi tierra, faltóme dinero, tuve noticia que estaba en esta ciudad un deudo mio: juntáronse dos cosas, el deseo de verla (por ser tan ilustre y generosa), y socorrer mi persona para seguir

[1] Los Zegríes fueron una de las mas distinguidas familias árabes de Granada, y rival de la de los Abencerrajes.

mi camino. Estuve aquí mucho tiempo sin hallar á quien buscaba, porque las nuevas de ello fueron inciertas, y salió cierta mi perdicion, hallando lo que no busqué, como acontece de ordinario. Ibame por la ciudad vagando, con poco dinero y mucho cuidado: vi una peregrina hermosura para mis ojos, cuando para los otros no lo sea; porque solo es hermoso lo que agrada. Entreguéle mis potencias, quedé sin alma, no supe mas de mí, ni cosa poseo que suya no sea: esta es doña Elvira, hermana de don Rodrigo, hija de don Luis de Padilla, mi señor; y como suelen decir, que *de la necesidad nace el consejo,* viéndome tan perdido en sus amores, y sin remedio de cómo podérselos manifestar con las calidades de mi persona, tomé por acuerdo acertado escribir mi libertad á mi padre, y que estaba en mil doblas empeñado, que me socorriera con ellas. Sucedió bien, que habiéndomelas enviado, y un criado con un caballo en que fuese, me valí de todo. Los primeros dias comencé á pasearle la calle, dando vueltas á todas horas, pero no la podia ver.

De la continuacion en mi paseo nació en alguna gente cierta nota, y me traian sobre ojos; de manera, que para desmentir las espias me convino el recato. Mi criado (á quien di parte de mis amores), considerando algunas cosas, me dió por consejo, como mas en dias, viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador, y mudando el nombre, porque no se supiera quien fuese, asentase por peon de albañilería. Púseme á pensar qué pudiera de ello sucederme, mas como *para el amor ni muerte hay casa fuerte,* todo lo vencí, todo se me hizo fácil; determinéme, y acerté. Aconteciómе un caso no pensado, y fué, que acabada la obra me recibieron por jardinero en la misma casa. Fué tal entonces mi buena dicha, creció tanto mi luna, y el colmo de mi ventura, que el dia primero que asenté la plaza, y metí el pié dentro del jardin, fué hallarme con Daraxa: si se admiró de verme, no menos yo de verla: dímonos finiquito de nuestras vidas, refiriendo nuestras desgracias, contándome las suyas, y yo las mias, y como los amores de su amiga me tenian de aquel modo. Supliquéla, que pues tenia tan clara noticia de mis padres y mia, y de la sangre de nuestro linaje, me favoreciese con ella; de modo, que por su mano y buena intercesion viniese (con el santo matrimonio) á gozar el fruto de mis esperanzas. Así me lo prometió, y lo que pudo cumplió; mas como sea tan avara mi fortuna, cuando mas nuestros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebráronse los pimpollos, la flor se secó de un áspero solano, royó un gusano la raiz, con que todo se acabó. Salí desterrado de su casa, sin decirme la causa, cayendo, de la mas alta cumbre de bienes, á la mas ínfima miseria de males. El que de la lanzada mató el toro, el que de una cuchillada rindió al otro, yo soy, que en su servicio lo hice; bien me vió y

conoció, y no poco se regocijó, que en el rostro se lo conocí, sus ojos me lo dijeron; y si en esta ocasion fuera posible, tambien me procurara señalar por el gusto de mi dama, que eternizara mis obras dando á conocer quien soy con lo que valgo. De no poder ejecutar este deseo rebiento de tristeza : si pudiera comprarlo, diera en su cambio la sangre de mis venas. Ves aquí, señor, te he dicho todo el proceso de mi historia, y remate de desgracias.

Don Alonso (acabándole de oir) le echó los brazos encima, apretándole estrechamente; Ozmin porfiaba en tomarle las manos para besárselas, mas no se lo consintió, diciendo : Estas manos y brazos en tu servicio se han de ocupar para merecer ganar las tuyas : no es tiempo de cumplimientos, ni que se altere de como hasta aquí en tanto que tu voluntad ordene otra cosa, y no te ponga cuidado la justa, que en ella entrarás, no lo dudes. Otra vez quisiera Ozmin, y arremetió á tomarle las manos, bajando la rodilla en el suelo : don Alonso hizo lo mismo, haciéndose muchas ofertas con la fuerza de nueva amistad. Así pasaron largas conversaciones aquellos dias, hasta que llegó el de la justa, en que habian de señalarse. Ya dije de don Rodrigo, como por su arrogancia era secretamente mal quisto. Parecióle á don Alonso haber hallado lo que deseaba, porque justando Jaime Vives, estaba muy cierto el descomponerle, humillándole la soberbia. Ozmin por su parte tambien lo deseaba, y antes de ser hora de armarse (por ver entrar á Daraxa en la plaza), se anduvo despacio por ella paseando, admirándose de verla tan bien aderezada, tantas colgaduras de oro y seda, cuantas no se pueden significar; tanta variedad en los colores, tanta curiosidad en el ventanaje, tanta hermosura en las damas, riqueza de sus aderezos y vestidos, concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecia un inestimable joyel, y cada cosa por sí, preciosa piedra engastada en él. Estaba la tela, que dividiendo la plaza en dos iguales partes, atravesaba por medio de ella el tablado de los jueces en lugar acomodado, y frontero á las ventanas de Daraxa y de doña Elvira : las cuales, en dos blancos palafrenes enjaezados (con guarniciones de terciopelo negro y chapería de plata), con mucho acompañamiento entraron, y dando vuelta por toda la plaza, llegaron á su asiento : luego (dejándola en él) se salió de ella Ozmin, porque ya querian entrar los mantenedores, los cuales llegaron de allí á poco espacio muy bien aderezados. Comenzaron á sonar los menestriles, trompetas y otros instrumentos, tañendo sin cesar hasta que se pusieron en su puesto. Entraron justadores combatientes, y fué de los primeros don Alonso, que corridas las tres lanzas (y muy bien, pues fueron de las mejores), luego se fué á su casa. Ya tenia ganada licencia para un caballero, amigo suyo, que fingió esperaba de Jerez de la Frontera, y estaba Ozmin aguardando. Fuéronse á la tela juntos, y apadrinóle don Alonso. Llevaba el Moro las armas

negras de todo punto, el caballo morcillo, sin plumas la celada, y en su lugar por ellas, hecha con gran curiosidad, una rosa del lienzo de Daraxa, cierta señal, en que luego por él fué conocido de ella. Púsose en el puesto, y quiso la suerte que la primera lanza cupiese á un ayudante del mantenedor. Hicieron señal, partieron de carrera, Ozmin tocó al contrario en la vista, donde rompió la lanza, y volviéndole á dar de reencuentro con lo tieso de ella, le sacó de la silla, dando con él en el suelo por las ancas del caballo; pero no le hizo mas mal que el gran golpe de las armas. Para las dos últimas lanzas entró don Rodrigo, el cual barreó la primera por cima del brazal izquierdo del Moro, quedando herido de él en el guardabrazo derecho, donde rompió la lanza por tres partes. En la última desbarró don Rodrigo, y Ozmin rompió la suya en la junta de la babera, dejándole en ella un gran pedazo de astilla; creyeron todos quedaba mal herido, mas defendióle el almete, con haberle hecho gran daño. Y así el Moro, rotas las tres lanzas, salió con victoria ufano, y mucho mas don Alonso por haberle apadrinado, que no cabia de contento. Salieron de la plaza, fuése á desarmar á su casa, sin dejarse conocer de otro alguno; y tomando su ordinario vestido, salió por un postigo de la casa ocultamente, volviéndose á contemplar en su Daraxa, y ver lo que en la justa pasaba. Púsose tan cerca de la dama, que casi se pudieran dar las manos : mirábanse el uno al otro, empero él siempre los ojos tristes, y ella tristísimos, pensando qué lo pudiera causar, que su vista no le hubiera alegrado. Estuvo confusa de haberle visto justar con armas y caballo todo negro, señal entre ellos de mal agüero. Todo le causó profundísima melancolía, y tan de veras fué posesionándose de ella, cargóle tan pesadamente, que las fiestas no eran bien acabadas, cuando rebentándole el corazon en el cuerpo (quitándose de la ventana), se fueron á la posada. Los que con ella estaban se admiraron como de alguna cosa no recibia contento, y aun lo murmuraban, sospechando cada uno aquello con que mejor se casaba su malicia. Don Luis (como prudente caballero) en las partes que de ello se trataba satisfacia; y así lo hizo á sus hijos aquella noche, que murmurando de ello, les dijo : El alma triste en los gustos llora : ¿qué cosa puede alegrar al ausente de lo que bien quiere? Los bienes tanto se estiman en mas, cuanto se gozan con los conocidos y propios : entre extraños puede haber holguras; pero no se sienten, y tanto mas en el alma levantan el dolor cuanto en las ajenas ven mas alegría. No la culpo ni me admiro, antes lo juzgo á su mucha prudencia, y lo atribuyo á cordura, que fuera lo contrario liviandad notoria. Hállase sin sus padres, lejos de su esposo, y (aunque libre) cautiva en tierra extraña, sin saber de su remedio, ni tener para ello medio. Examine cada uno su pecho, póngase en el contrario puesto, sentirá lo que aquesto

se siente, que no lo haciendo así, es decir el sano al enfermo que coma. Pasada esta plática secreta entre ellos, trataron en público lo bien que lo hizo el Jerezano, y como (aunque desearon saber quien hubiese sido) nunca don Alonso dijo mas de lo primero, y creyeron ser verdad. Las tristezas de Daraxa iban muy adelante, ninguno las acertaba, ni daba en el blanco, ni aun al terrero de cuantos le asestaban; todos juzgaban al revés, buscándole cuantos entretenimientos podian darla: ninguno era capaz, ni cuadraba en el círculo de sus deseos.

Tenia en el ajarafe la casa y hacienda de su mayorazgo, en un lugar aldea de Sevilla: era el tiempo templado, cerca de febrero, la caza y campo parece que alegran en tales dias: acordaron irse á holgar allá una temporada, por no dejar de andar esta vereda, y ver si pudieran divertirla de sus tristezas. A esto parece que mostró algo mas buen rostro, creyendo, si salia de la ciudad, habria en el campo modos como ver y hablar á Ozmin. Aderezaron la recámara, y era cosa de alegría ver tanto bullicio, cuál que lleva los galgos de trailla, cuál va con los podencos y hurona, cuáles llevan halcones, cuál el buho, cuál su escopeta al hombro ó la ballesta, otros con las acémilas cargadas, todos iban de trulla alborotados con la fiesta. Ya don Alonso lo sabia, y habia dicho á Ozmin que sus damas eran de campo á cierta huelga, y como se quedaban allá por entonces, no sabiendo cuando volverian. No les pareció mal, por dos cosas: la una, que allá tendrian por ventura menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasion para no ser conocidos. Hacia las noches no claras ni muy oscuras, no frio ni calor, antes un agradable sosiego, con serenidad apacible. Los dos enamorados amigos acordaron probar la mano y su buena ventura, caminando á ver sus damas: vistiéronse de labradores: así salieron al poner del sol en dos rocines, y antes de llegar á la aldea un cuarto de legua, se apearon en una casería, para que yendo á pié no hubiese nota: entonces les hubiera sucedido bien, si la fortuna no rodara y les volviera las espaldas, porque llegaron á tiempo que las damas estaban en un balcon entretenidas en sus conversaciones. No se atrevió á llegar don Alonso por no espantar la caza, y dijo al compañero que fuera solo á negociar por ambos, que pues doña Elvira le amaba y Daraxa le conocia, no habia de qué recelarse. Así Ozmin poco á poco (con cuidadoso descuido) se fué paseando por delante, cantando en tono bajo, como entre dientes, una cancion arábiga, que para quien sabia la lengua eran los acentos claros, y para la que no y estaba descuidada, le parecia el cantar de lala, lala. Doña Elvira dijo á Daraxa: Aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio, si supiesen aprovecharse de ellos: ¿no consideras aquel salvaje, qué voz entonada y suave que tiene, y va cantando la madre de los cantares? Es como el agua, que llueve en la mar sin provecho.

¿Agora sabes (dijo Daraxa) que son las cosas todas como el sugeto en que están, y así se estiman? Estos labradores, por maravilla, si de tiernos no se trasplantan en vida política, y los ingieren y mudan de tierras ásperas á cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde ó nunca podrán ser bien morigerados; y al revés los que son ciudadanos de político natural, son como la viña, que dejándola de labrar algunos años, da fruto, aunque poco, y si sobre ello vuelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta, no será poderoso un carpintero con hacha ni azuela para desalabearle ni ponerle de provecho; pena me da oirle aquel cantar de tórtola: vámonos de aquí si te parece, que es hora de acostarnos. Bien se habian entendido los amantes, ella el canto, y él sus palabras, y el fin con que las dijo. Fuéronse las damas, quedándose Daraxa un poco atrás, y en arábigo le dijo que esperase. Él quedó aguardando, y en tanto que volvia se paseaba por aquella calle. La gente villana siempre tiene á la noble (por propiedad oculta) un odio natural, como el lagarto á la culebra, el cisne al águila, el gallo al francolin, el lagostin al pulpo, el delfin á la ballena, el aceite á la pez, la vid á la berza, y otros de este modo; que si preguntais, deseando saber, qué sea la causa natural, no se sabe otra mas de que la piedra iman atrae á sí al acero, el eliotropio sigue al sol, el basilisco mata mirando, la celidonia favorece á la vista; que así como unas cosas entre sí se aman, se aborrecen otras por influjo celeste, que los hombres no han alcanzado hasta hoy razon que lo sea para ello. Que las cosas de diversas especies tengan esto, no es maravilla, porque constan de composiciones, calidades y naturaleza diversa; mas hombres racionales, los unos y los otros de un mismo barro, de una carne, de una sangre, de un principio, para un fin, de una ley, de una doctrina, todos en todo lo que es hombre, tan una misma cosa, que todo el hombre naturalmente ame á todo hombre, y en esto haya este resabio, que aquesta canalla endurecida, mas empedernida que nuez galiciana, persiga con tanta vehemencia á la nobleza, es grande admiracion. Andábanse tambien paseando aquella noche unos mozuelos, acertaron á ver á los forasteros, y en aquel punto, sin mas causa ni razon, sin darles alguna ocasion, comenzaron á convocarse, y llegados en tropa, vinieron diciendo: ¡Al lobo, al lobo! y desembrazando piedra menuda (como si del cielo lloviera), los apedrearon de manera que les fué forzoso huir y no esperarlos; y así se volvieron, que lugar no tuvo Ozmin de despedirse. Fuéronse do estaban sus caballos, y en ellos á la ciudad, con ánimo de volver la noche siguiente algo mas tarde para no ser sentidos. De poco les aprovechó, que si rayos del cielo cayeran, y con ellos pensaran ser deshechos, habia villano en ellos, que antes dejara la vida que de guardar el puesto, solo por hacer mal y daño; pues apenas la otra noche habian metido los piés en el pueblo,

cuando junta una bandada de aquellos mozalvillos (habiéndolos reconocido), cual con honda, cual á brazo, unos con azagayas, palos, chuzos, otros con asadores, no dejando segura la pala ó barredero del horno (como á perro que rabia), salieron á ellos; pero halláronlos mas apercibidos que la noche pasada, porque aquesta ya traian buenas cotas, cascos acerados, y rodelas fuertes. De la una parte viérades pedradas, palos, alaridos, de la otra muy recias cuchilladas, y de entrambas tanto alboroto, que con el ruido parecia hundirse el pueblo con la trabada guerrilla. Descuidóse don Alonso, y al atravesar de una calle le dieron una muy mala pedrada en los pechos, de que cayó en tierra, sin hallarse con fuerzas para volver mas á la pelea, y como pudo se fué retirando, en tanto que Ozmin se iba entrando con ellos la calle arriba, haciéndoles mucho daño, porque algunos, y no pocos, quedaban heridos, y tres muertos. Creciendo el alboroto, se convocó el pueblo todo: tomáronle el paso, que no pudo huir aunque lo probó á hacer. Por otra parte llegó un destripaterrones, y dióle con una tranca de puerta en un hombro, que le hizo arrodillar; mas no le valió ser hijo de alcalde, que antes que pudiera volver á darle segundo (yéndose para él), de una cuchillada le partió la cabeza por medio como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atun en la playa, rendida la vida en pago de su desvergüenza. Tantos cargaron por una y otra banda, tanto le acosaron, que no pudiéndose defender, quedó preso. Daraxa y doña Elvira vieron el ruido desde su principio, y el alboroto de la prision, como le ataron las manos atrás con un cordel, cual si fuera igual suyo. Unos y otros le maltrataron, dándole puñadas, rempujones y coces, haciéndole mil ignominiosas afrentas, con que se vengaban del rendido. ¡Qué cosa fea y torpe, solo de semejantes villanos, usada como propia! ¿Qué os parece tal desgracia? ¿Cómo la sentiria la que adoraba su sombra? Esto por una parte, heridos y muertos de la otra, y su honra en medio, que habiendo de saber don Luis el caso, forzoso es preguntaria lo que buscaba Ambrosio en la aldea. En esta confusion sacó de la necesidad consejo, prevínose de una carta, y cerrada la metió en un cofrecillo suyo para cuando viniese don Luis, hacer con ella su descargo. Ya era el otro dia amanecido, y la gente no se sosegaba: habian enviado á la ciudad á dar noticia del caso, para que se hiciese la informacion; y venido el escribano, comenzaron á examinar testigos: acudió mucho número de ellos (aun sin ser llamados), que los malos para el mal se convidan ellos mismos, y se hacen amigos los enemigos. Unos juraron que con Ozmin venian seis ó siete; otros que salieron de casa don Luis, y que de la ventana dijeron: Mátalos, matalos; otros que estando los del pueblo seguros y quietos, les acometieron; otros que los fueron á sacar de sus casas con desafío, sin haber hombre que jurase verdad. Líbreos Dios de villanos, que

son tiesos como encinas, y de su misma calidad: el fruto dan á palos, y antes dejarán arrancarse de cuajo por la raiz, quedando destruidos y sus haciendas asoladas, que dejarse doblar un poco; y si dan en perseguir, serán perjuros mil veces en lo que no les importa una paja, sino solo hacer mal; y es lo malo y peor, que piensan los desdichados que así se salvan, y por maravilla se confiesan de aquella ponzoña. Las muertes y heridas quedaron averiguadas, y el hombre cargado de hierro á buen recaudo. Don Luis, cuando lo supo, fué á la aldea, informóse de su hija, díjole lo pasado de la manera que habia sido: preguntóselo á Daraxa, díjole lo mismo, y que ella envió á llamar á Ambrosio para darle una carta que encaminase á Granada, y antes que le pudiera llegar á hablar le habian apedreado estas dos noches; de modo que (sin habérsela dado) se le habia quedado escrita. Don Luis le pidió se la enseñase, para ver qué podria enviar á decir; y á sus excusas ella hizo como que la pesaba de darle: no fué necesario rogárselo mucho, pues otra cosa no deseaba, y sacándola de donde la tenia, dijo: Dóila porque se entienda mi verdad, y no se sospeche que escribo cosas dignas de esconderse. Don Luis la tomó, y queriéndola leer, vió que estaba en arábigo, y no supo. Buscó despues quien la leyese, y lo que iba escrito era decir á su padre el cuidado en que vivia por no saber de su salud, que ella la tenia; y si el deseo de verle no lo impidiera, estaba la mas contenta y acariciada de don Luis que ninguno de sus hijos; y así le suplicaba, que en reconocimiento de esta cortesía y buen hospedaje, le regalasen con un presente.

Como en semejantes alborotos los dichos crecen, y cada uno canoniza su presuncion segun se le antoja, murmuraban de don Luis y de la gente de su casa, y á él se le subia la mostaza en las narices: mas como caballero cuerdo, tuvo á mejor disimular con algo, y volver á la ciudad su casa y gente.

Cuando sucedieron estas cosas, ya Granada se habia rendido con los partidos que sabemos por las historias, y aun oimos á nuestros padres. Entre los nobles que en ella quedaron fueron los dos consuegros Alboacen, padre de Ozmin, y el alcaide de Baza: ambos pidieron el bautismo, deseando ser cristianos, y siéndolo, el alcaide suplicó á los reyes le diesen licencia para ver á Daraxa, su hija; siéndole otorgada, dijeron que le mandarian avisar, cómo y cuándo seria. Alboacen, creyendo que su hijo seria muerto ó cautivo, hizo muchas diligencias para informarse donde pudieran darle alguna nueva, mas nunca descubrió rastro suyo. Estaba tan triste por ello, cuanto lo pedia pérdida de tal hijo, solo, de padres principales y ricos. No lo sentia menos el alcaide, pues por tan su verdadero hijo le tenia, como propio padre, y por lo que Daraxa sentiria cuando le diesen tan pesarosas nuevas. Los reyes por su parte enviaron á Sevilla su man-

dado, y que luego don Luis partiese adonde estaban, y trajese consigo á Daraxa con el respeto que de él confiaban. Vistas las cartas, y entendida esta órden, ella quedó fuera de sí, por serla forzoso en esta ocasion hacer ausencia, sin saber el fin que habia de tener, y el estrecho en que dejaba el preso. Hallóse confusa, imaginativa y triste, llamándose mil veces desdichada sobre la misma desdicha, y la mas lastimada de todas las mujeres. Queriendo atropellarlo todo, y perder con su esposo la vida, estuvo perpleja, y casi determinada de hacer un atrocísimo yerro, en señal del casto y verdadero amor que á Ozmin tenia; mas era de buen juicio, corrigiendo sus crueles imaginaciones; volviendo sobre sí, determinó fiar sus desdichas en manos de fortuna, su enemiga, esperando el fin que les daba, pues el último mal era la muerte, no quiso desesperarse, mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lágrimas que le rebentó de los ojos: todos creyeron era de alegría de volver á su natural, y engañábanse todos: cada uno la alentaba, y alguno no la consolaba. Llegó don Rodrigo á despedirse de ella, y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dijo tales palabras: Bien pudiera, señor don Rodrigo, persuadiros con abundancia de razones á las obras que de vos en esta ocasion pretendo, y de suyo es cosa tan justa, que ni puedo dejar de pedirla, ni vos de concedérmela, por la mucha parte que teneis en ella. Ya sabeis la obligacion de hacer bien á cuanto nos estreche, que como ley natural divina con todos habla, y no hay bárbaro que la ignore: esta tiene tanta fuerza, cuantas mas razones se la allegan, entre las cuales, una principal y no pequeña, es á los que dimos nuestro pan, y bastara para que, correspondiendo á quien sois, no fuera mi intercesion necesaria; mas lo que quiero con ella pediros, es, que (como sabeis) Ambrosio fué criado de vuestros padres y de los mios; tenémosle por ello particular deuda, y yo mayor, habiéndolo puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo él en ello causa suya, mas de mi propio interés; de mi mano está puesto en el peligro, de que estoy hecha cargo: si librarme quereis de él, si deseastes mi gusto, si pretendeis obligarme al vuestro, para que siempre quede agradecida, ha de ser, que cargando sobre vuestro cuidado mi propio deseo, acudais á su libertad, que es la mia, con las veras que os lo suplico; don Luis mi señor, antes que de aquí conmigo parta, hará su posible diligencia con sus amigos y deudos, para que los unos ayudados de los otros en su ausencia, me saquen libre de esta deuda. Don Rodrigo se lo prometió, y así se partieron.

Como la pobre señora dejaba en tanto riesgo á su querido esposo, sentia su pena, y tanto mas, cuanto mas de él se alejaba; de manera, que cuando á Granada llegó, no parecia ser ella. Lleváronla luego á palacio, donde será bien que la dejemos, y volvamos al preso, á quien don Rodrigo favorecia tan de veras como si fuera su hermano. Don Alonso, como escapó lastimado en los pechos, acostóse mal dispuesto; pero en sabiendo que habian traido el preso á Sevilla, se levantó, y sin sosegar momento, solicitaba el pleito cual si fuera suyo mismo; mas como las partes acusasen, y fuesen mal intencionados los actores, los muertos y heridos muchos, no le pudieron defender de manera que no fuese condenado á horca pública. Don Rodrigo se enojó de que á su padre y á él se perdiera el respeto, ahorcando sin culpa su criado. Por otra parte don Alonso defendia, diciendo, no permitirse ni poder ser ahorcado un caballero de noble sangre, tal como Jaime Vives, amigo suyo; que cuando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvara la vida, y en especial de muerte de horca, y debiera ser degollado. La justicia quedó confusa, sin saber qué fuera el caso: don Rodrigo le llama criado, y don Alonso amigo: don Rodrigo defiende, pidiendo por Ambrosio; y alega don Alonso por Jaime Vives, caballero natural de Zaragoza, que en las fiestas de toros hizo las dos suertes, de que toda la ciudad era testigo; y en la justa, siéndole padrino, derribó al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir de esta duda se resolvieron los jueces á tomarle su declaracion. Preguntáronle, ¿si era caballero? Respondió, ser noble, de sangre real; pero no llamarse Ambrosio ni Jaime Vives. Pídenle que diga su nombre y califique su persona. Respondió, que no por descubrirse excucusara la pena; y que habiendo de morir indubitablemente, no era necesario decirlo, ni de importancia padecer una ni otra muerte. Rogáronle dijese ¿si habia sido el que don Alonso decia, que tan señalado anduvo en los toros y justa? Respondió ser así; pero no tenia los nombres que decian: y como tan de veras negase su linaje (pareciéndoles hombre de calidad), fuéronse deteniendo algo con él para verificar quien fuese, y porque los dos caballeros le defendian, y en general toda la ciudad deseaba su libertad, y le estaban apasionados. Con esto despacharon á Zaragoza, que se averiguara la verdad, y supiera su nacimiento; mas habiéndose gastado algunos dias en ello, y hecho muchas diligencias, no se descubrió quien de él diese noticia, ni supiera quien pudiera ser el caballero de su nombre ni señas. Traido este mal despacho, aunque le importunaron sus amigos, y la justicia le requirió diversas veces que se calificara, jamás lo quiso hacer, ni fué posible. Así (pasados los términos) los jueces, muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad y valentía, no pudiendo dejar de hacer justicia, siendo con importunacion pedida de los contrarios, confirmaron la sentencia.

Daraxa ni sus padres no dormian en cuanto esto pasaba, que

ya tenian hecha relacion á sus altezas de todo el caso, y estaban informados de la verdad. Dábanseles memoriales por momentos. Daraxa personalmente solicitaba la vida de su esposo, pidiéndola de merced, y nada se respondia; pero secretamente despacharon luego á don Luis con su real provision á las justicias, para que en el estado que aquel pleito estuviese, originalmente con el preso, se le entregasen, que así convenia á su servicio. Don Luis partió con mucha diligencia, como le fué mandado, y la pobre Daraxa, padre y suegro, se deshacian en lágrimas, considerando la priesa que la justicia se daria en despachar al pobre caballero, y que á sus peticiones y merced suplicada se respondiese con tanto espacio. No sabian qué decir de dilacion semejante, sin darles alguna buena ni mala respuesta, ni esperanza. Causábales mucha pena, no alcanzaban lance con que remediarlo, ni lo habian dejado por intentar, porque temian sobre todo el peligro en la tardanza.

En cuanto en esto vacilaban, ya (como dije) don Luis caminaba muy apriesa, y con mucho secreto. Él entraba por las puertas de Sevilla, Ozmin salia por las de la cárcel á ser ajusticiado; las calles y plazas por donde le pasaban estaban llenas de gente: todo el lugar con gran alboroto; no habia persona que no llorase viendo un mancebo tan de buen talle y rostro, valiente, y bien quisto, por los famosos hechos que públicamente hizo; y mayor dolor ponia ver que moria sin querer confesar. Todos creian lo hacia por escapar ó dilatar la vida; mas palabra no hablaba, ni tristeza mostraba en el rostro, antes con semblante casi risueño iba mirando á todos. Paráronse con él un poco para persuadirle á que confesase, y no quisiese así perder el alma con el cuerpo: á nada respondia, y á todo callaba. Estando así todos en esta confusion, y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegó don Luis apartando la gente para impedir la ejecucion. Los alguaciles creyeron era resistencia; pero con el temor que le tenian, por ser arriscado y poderoso caballero, desamparando á Ozmin (con gran alboroto), fueron á dar cuenta de lo pasado á sus mayores. Ellos venian á saber qué pudiera causar desacato semejante. Salióles don Luis al encuentro con el preso, enseñóles la orden y recaudo de los reyes, que con gran gusto fué de ellos obedecida; y con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad, y comun alegría de ella, llevaron á Ozmin á casa de don Luis, haciendo aquella noche una galana máscara, poniendo muchas hachas y luminarias en calles y ventanas, por el general contento, y en señal de regocijo: quisieran hacerlas públicas aquellos dias, porque se supo entonces quien era; mas don Luis no dió lugar á ello, que guardando instruccion, se partió con el preso luego por la mañana, llevándole muy regalado.

Habiendo llegado á Granada, le tuvo consigo secretamente algunos dias, hasta que sus altezas le mandaron le llevase á palacio.

Cuando le pusieron en su presencia, holgaron de verle, y teniéndole ante sí mandaron salir á Daraxa. Viéndose los dos en lugar semejante, y tan ajenos de ello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron, y lo que cada uno de ellos pudiera sentir. La reina se adelantó, diciéndoles cómo sus padres era ncristianos, aunque ya Daraxa lo sabia: pidióles que si ellos lo querian ser les haria mucha merced, mas que el amor ni temor los obligase, sino solamente el de Dios y de salvarse; porque de cualquier manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen á su voluntad. Ozmin quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciéndose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio; y diciendo que queria ser bautizado, pidió lo mismo en presencia de los reyes á su esposa Daraxa, que los ojos no habia quitado de su esposo, teniéndolos vertiendo suaves lágrimas; volviéndolos entonces con ellas á los reyes, dijo: Que pues la voluntad de Dios habia sido darles verdadera luz, trayéndolos á su conocimiento por tan ásperos caminos, estaba dispuesta de verdadero corazon á lo mismo, y á la obediencia de los reyes sus señores, en cuyo amparo y reales manos ponia sus cosas. Así fueron bautizados, llamándolos á él Fernando y á ella Isabel (segun sus altezas), que fueron los padrinos de pila. Y luego á pocos dias de sus bodas les hicieron cumplidas mercedes en aquella ciudad, adonde habitaron y tuvieron ilustre generacion.

Con gran silencio vinimos escuchando aquesta historia, cuando llegamos á vista de Cazalla, que pareció haberla medido al justo, aunque mas dilatada y con alma diferente nos la dijo de lo que yo la he contado. El arriero que estuvo mudo desde que se comenzó (aunque todos tambien lo veníamos), ya habló, y lo primero fué decir: Ea, señores, apéense, que he de ir por esta senda á los lugares; y á mí me dijo: Y el señor mancebito, hagamos cuenta. Aun este trago me quedaba por pasar, dije entre mí, porque creí haber sido amistad lo pasado: cortéme, no supe qué responder otra cosa, mas de preguntarle, ¿qué le debia por la caballería de nueve leguas? Déme lo que mandare, como estos señores. De la mesa y posada montó tres reales: hízoseme caro el vientre del machuelo: además, que para pagarle no habia dinero; díjele: Hermano, lo del escote véislo aquí, pero la caballería no la debo, que vos me convidastes con ella sin pedírosla. Aun eso seria el diablo, si quisiese haber venido caballero de balde, volvió á replicar. Comenzamos á barajar sobre ello, pusiéronse los clérigos de por medio, condenáronme que pagase la cebada de mi jumento de aquella noche: paguéla, é hice balance de cuenta con la bolsa, sin dejar en ella mas de veinte maravedís, con que me ajusté aquella noche: el mozo se fué á su hacienda, los clérigos y yo entramos en Cazalla, donde nos despedimos, yéndose cada uno por su parte.